

La memoria de Malvinas y la “batalla por la marca”: Bahía Blanca, la guerra de Malvinas, y la refundación nacional (1982-2012)

Andrea Belén Rodríguez

Trabajos y Comunicaciones, 2da Época, n° 40, 2014. ISSN 2346-8971

<http://trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar/>

ARTICULOS / ARTICLES

La memoria de Malvinas y la “batalla por la marca”: Bahía Blanca, la guerra de Malvinas, y la refundación nacional (1982-2012)

Andrea Belén Rodríguez

Centro de Estudios Históricos de Estado, Política y Cultura (CEHEPYC) - Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Universidad Nacional del Comahue-
Universidad Nacional del Sur-CONICET, Argentina

andrea_belen_rodriguez@yahoo.com

Cita sugerida: Rodríguez, A. B. (2014). La memoria de Malvinas y la “batalla por la marca”: Bahía Blanca, la guerra de Malvinas, y la refundación nacional (1982-2012). *Trabajos y Comunicaciones* (40). Recuperado de:

<http://www.trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar/article/view/TyC2014n40a03>

Resumen

El presente artículo pretende analizar los significados y representaciones condensados en los emprendimientos para establecer lugares de la memoria de Malvinas en Bahía Blanca desde 1982 hasta el 2012, contextualizándolos en las luchas por la memoria de la guerra a nivel local y nacional. Hace foco en tres iniciativas para construir memoriales de Malvinas en esta ciudad del sudoeste bonaerense – que se imaginó históricamente como la “Capital del sur argentino” y “Puerta de la Patagonia” –, haciendo hincapié en los actores que se involucraron en las “batallas por la marca”, sus objetivos y proyectos, así como en las coyunturas de activación memorial.

Palabras clave: Guerra de Malvinas; Luchas por la memoria; Bahía Blanca, Memoriales.

The memory of Malvinas and the “battle for the mark”: Bahía Blanca, Malvinas war and national refoundation (1982-2012)

Abstract

This article analyzes the meanings and representations condensed in the ventures to establish places of Malvinas memory in Bahía Blanca from 1982 to 2012, framing them in the context of the struggles for war memory at local and national level. It focuses on three initiatives to build memorials of Malvinas in this southwestern city of Buenos Aires – which had historically imagined as the “Capital of the south of Argentina” and “Gate of Patagonia” –, identifying the actors who were involved in the “battles for the mark”, their intentions and projects, as well as the situations of memory activation.

Keywords: Malvinas War; Struggles for Memory; Bahía Blanca; War Memorials.

Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
Departamento de Historia



Esta obra está bajo licencia [Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/arg/)

1. Presentación

A lo largo de la historia las sociedades han dejado marcas espaciales que testimonian personajes, guerras y acontecimientos relevantes de su pasado. Durante el período de formación de los estados nacionales, las guerras y los combatientes de la “comunidad imaginada” (Anderson, 1997) fueron los destinatarios principales de esas iniciativas, a los que se recordaba en clave de “gestas” y “héroes”. Con esta tradición monumental que pretendía exaltar – y a la misma vez configurar – la nación, luego de las grandes matanzas modernas del siglo XX se articulan otros memoriales de guerra que enfatizan lo doloroso y traumático del pasado conmemorado y se arrojan otra función: el duelo por las vidas perdidas (Hass, 1998).

En Argentina, las marcas territoriales en memoria de la guerra de Malvinas – el único conflicto internacional protagonizado por el país en el siglo XX –, se encuentran en el cruce de ambas tradiciones. En las grandes ciudades así como en aquellos rincones más alejados del país, se pueden encontrar memoriales que recuerdan la guerra en forma tradicional y destacan la “gloria” de los “muertos por la Patria”, pero también muchos incorporan el nuevo “lenguaje monumental” y refieren al duelo por los caídos, al dolor ante la sangre derramada (Lorenz, 2006). El caso de la ciudad de Bahía Blanca no es una excepción al respecto: a lo largo de su historia, se pueden hallar muchas iniciativas que buscaban conmemorar la guerra apelando a una y a veces a ambas tradiciones.

El presente artículo pretende analizar los significados y representaciones condensados en los emprendimientos para establecer “lugares de la memoria” (Nora, 1984) de Malvinas en Bahía Blanca desde 1982 hasta el 2012, contextualizándolos en las luchas por la memoria de la guerra a nivel local y nacional. Se trata de historizar no sólo las iniciativas que se concretaron sino también aquellas que resultaron infructuosas porque, más allá de que hayan “ganado” o “perdido” la “batalla por la marca” (Jelin y Langland, 2003: 4), todas ellas son relevantes para la comprensión de las disputas por la memoria y de las legitimidades públicas ganadas por unas y por otras, a lo largo de los 30 años de la posguerra.

El trabajo se centra en tres iniciativas, elegidas porque fueron las de mayores dimensiones y las que pretendieron ser representativas de toda la comunidad bahiense. Para cada una de ellas, se abordarán los siguientes interrogantes: ¿Qué o a quiénes conmemoraban? ¿Qué recordaban y qué silenciaban? ¿Quiénes fueron los actores que llevaron a cabo las iniciativas? ¿Con quiénes dialogaron o se enfrentaron? ¿Qué otras memorias – locales y nacionales – activaron? ¿Cómo se situaron en el mapa nacional de luchas por la memoria del conflicto? Por último, ¿qué identidades pretendieron – y pretenden – configurar?

Si bien estos interrogantes pueden ser planteados para memoriales que recuerden cualquier hecho del pasado, la particularidad de las marcas espaciales aquí estudiadas reside en el objeto que conmemoran. En efecto, Malvinas no es un término que tenga una referencia unívoca. Al contrario, a lo largo de la historia, Malvinas se ha construido como un símbolo que refiere a tres significados principales: territorio geográfico, causa nacional y guerra (Guber, 2001). Las narrativas del conflicto que se han construido en la posguerra y que iluminan y oscurecen diferentes aspectos del mismo y lo interpretan de forma prácticamente antagónica, articulan de diversa forma estos sentidos y priorizan uno u otro, según múltiples intencionalidades y a partir de los sentidos dados a la derrota.

Este trabajo explora los sentidos del símbolo Malvinas que se han priorizado en los memoriales bahienses, analizando los significados conferidos a la guerra de 1982. En este sentido, la pregunta nodal es: ¿Cómo se ha conmemorado la derrota en una guerra llevada a cabo por una dictadura en crisis que se apropió de una causa nacional?¹ En forma subsidiaria, este artículo elucida las particularidades locales del proceso de rememoración de la guerra.

Para comprender las especificidades de los sentidos dados a la derrota en Bahía Blanca, la principal ciudad del sudoeste de la provincia de Buenos Aires², tenemos que tener en cuenta algunas características centrales de la localidad, de su historia, cultura y política. Desde su fundación en 1828 al mando del coronel Ramón Estomba, Bahía Blanca se alzó como una ciudad central en la avanzada militar para ganarle terreno a las poblaciones indígenas en la Patagonia. Con lo cual, desde su origen, la ciudad construyó fuertes vínculos con esa región – al punto de autorrepresentarse como “Capital del Sur argentino” – que, en parte, fueron trazados por las Fuerzas Armadas (FF.AA.), de gran presencia en la región y específicamente en esta localidad. Su condición de asentamiento del Comando del V Cuerpo del Ejército (cuya jurisdicción abarca toda la Patagonia) y de Prefectura Naval, y la proximidad de la Base Naval de Puerto Belgrano (la principal del país, de donde partió la flota de guerra para ocupar las islas en 1982), son algunas de las variables que hay que tener

presente para comprender tanto el rol de la ciudad en el conflicto – ya que Bahía Blanca y la vecina Punta Alta fueron las localidades de donde partió la planificación del operativo de desembarco ³– como la forma en que la sociedad bahiense lo vivió. En cuanto a esto último, el hecho de ser de una ciudad costera del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur ⁴ explica que sus habitantes vivieran la guerra con cierta intensidad, entre el fervor patriótico y el temor a un posible ataque. ⁵

Por ende, si pensamos en una localidad con dichas características, otras preguntas se presentan: ¿Cómo elaboró la derrota una sociedad que vivió fuertemente el conflicto? ¿Cuáles fueron las políticas de la memoria de la guerra en una ciudad cuya cotidianeidad se vio absolutamente alterada en 1982? Específicamente: ¿Cuáles fueron y en qué consistieron los emprendimientos para “marcar” lugares de la memoria de Malvinas en la ciudad y qué significaciones y representaciones vehiculizan?

Las fuentes que se utilizan son de diverso tipo: escritas – desde cartas, notas, actas, gacetillas y folletos de las comisiones que llevaron a cabo los proyectos; ordenanzas, resoluciones y expedientes de los organismos municipales que intervinieron, hasta artículos del diario La Nueva Provincia (LNP) y de otras revistas locales –, y orales – testimonios de miembros de las Comisiones Pro-Monumento, los autores de los proyectos y sus impulsores. ⁶

2. Centro Cultural Islas Malvinas: la lucha por la difusión de “la causa” (1982- 1983) ⁷

El 14 de junio de 1982 finalizó la guerra del Atlántico Sur con la rendición de las tropas argentinas. Un mes y medio después surgía en Bahía Blanca la primera iniciativa en memoria de Malvinas: un proyecto para crear un “Centro de difusión, estudio y promoción de Malvinas”.

El autor del proyecto era Hernán Silva, doctor en historia, colonialista, y profesor en la Universidad Nacional del Sur. ⁸ Percibiendo la relevancia de Malvinas, Silva propuso crear un Centro que estudiara las causas de larga duración del conflicto, es decir la historia del descubrimiento y ocupación de las islas, las negociaciones diplomáticas y el conflicto armado. En sus palabras, buscaba “recordarlo con permanencia convirtiendo al archipiélago en premisa nacional”, porque consideraba que si bien “el derecho y la historia nos asistieron y nos asisten”, “no era suficiente con declarar y proclamar un día conmemorativo”, había que llevar adelante una acción de recordación constante, más aún “luego de los sucesos iniciados el dos de abril: la sangre de nuestros hombres debe revitalizar aquella convicción” (Silva, Proyecto: “Malvinas Argentinas”, Municipalidad de Bahía Blanca, Exp. N° 5032/82.).

El proyecto del Centro enfatizaba más el estudio de Malvinas como causa nacional y la reivindicación de la soberanía de una tierra usurpada, que la guerra en sí. Pretendía exaltar que Malvinas era una causa “arraigada en nuestro sentimiento, es decir una cuestión de prioridad nacional” (Hernán Silva, 07/04/2009), arraigo que en última instancia legitimaba las muertes en la guerra.

Silva pensó el Centro como una institución dirigida a las nuevas generaciones, con el objetivo de que se acercaran a la causa, la estudiaran y así estuvieran capacitadas para defenderla racionalmente. Se trataba, por tanto, de un emprendimiento que miraba al pasado, pero apuntaba al futuro.

El Centro se proyectaba como la reunión de 4 espacios: un museo; un centro de proyecciones, conferencias y convenciones; una biblioteca, hemeroteca y mapoteca; y un centro de promoción de los derechos soberanos sobre las islas, de Bahía Blanca al país y el mundo. En ellos se realizarían todo tipo de actividades culturales, aunque Malvinas sería su tema principal. Además, Silva lo pensó como una iniciativa de carácter nacional con sede en Bahía Blanca.

¿Por qué proponer un Centro para recordar Malvinas ni bien terminado el conflicto y mientras las FF.AA. y la sociedad intentaban elaborar la derrota? La urgencia del proyecto radicaba en la manifiesta voluntad de olvido y de dar vuelta la página de la guerra en amplios sectores sociales y también en el gobierno militar que la había impulsado. Al respecto, el promotor de la iniciativa señalaba:

“Los pueblos que carecen de historia y consideración real por su pasado, carecen también de destino cierto. El dolor de la derrota no debe ser tapado con el silencio o el olvido facilista que nos hace fluctuar permanentemente, sino por la sincera ratificación de nuestros principios” (Silva, Proyecto...).

Silva estaba en lo cierto. Desde el final del conflicto, los gobiernos de posguerra y diversos sectores de la sociedad no quisieron o pudieron enfrentar un pasado vergonzante, en tanto la derrota en Malvinas interpelaba su propia responsabilidad por el consenso brindado a una guerra que había sido llevada a cabo por un gobierno de facto que ahora se develaba como el más sangriento de la historia argentina. Se pasaba así a interpretar Malvinas como una aventura militar, guerra absurda para recuperar la legitimidad perdida, negando responsabilidad en la propia participación (Guber, 2001).

En la posguerra, en un contexto en que los crímenes perpetrados por la dictadura comenzaron a revelarse en toda su magnitud, las FF.AA., y en realidad todo aquello que estuviera relacionado con la violencia y/o lo militar, se cubrió de reprobación. En este marco, la guerra pasó a ser un acontecimiento tan lejano como incomprensible, preferible de olvidar (Lorenz, 2006).

En contraposición con esta política de la memoria que explicaba la guerra desde su inmediato contexto político y reducía su comprensión al “manotazo de ahogado” de la dictadura, el proyecto de Silva instaba a situarlo en la larga duración histórica: proponía reafirmar la causa nacional, lo que explicaba la adhesión popular a la guerra y, a la vez, legitimaba las muertes de los caídos.

Al igual que otras iniciativas dirigidas por Silva para difundir la historia -principalmente local- el proyecto fue presentado en la Comisión de Reafirmación Histórica (CRH),² entidad a la que el profesor pertenecía. Rápidamente, el presidente de la institución y amigo personal de Silva, el capitán de navío retirado Carlos Migliore, adhirió a la propuesta y promovió la conformación de la Comisión Pro-Centro Cultural Islas Malvinas en julio de 1982. La Comisión estaba integrada por representantes de cinco instituciones tradicionales de la ciudad: Instituto Browniano, CRH, Asociación Amigos de Infantería de Marina, Asociación Sanmartiniana y Movimiento Argentina Unida (MAU). Se trataba de instituciones civiles nacionalistas y/o pro-militares tradicionales de la ciudad que si bien tenían diversos fines¹⁰, compartían la preocupación por mantener viva la memoria de Malvinas. A partir de 1983 se reunieron con otras “fuerzas vivas” bajo la denominación de Instituciones Patrióticas (IP), con el objetivo de impulsar iniciativas en homenaje a los que habían combatido en la guerra. Las IP¹¹ tuvieron gran protagonismo en la organización de los actos en conmemoración al conflicto el 2 de abril desde 1983 hasta principios del siglo XXI.

La Comisión Pro-Centro logró rápidamente el reconocimiento de la Municipalidad (decreto 2735/82), aún bajo gobierno militar en la esfera nacional, y a nivel local bajo la comisiatura de Víctor Puente.¹² En la presentación del proyecto al gobierno municipal, la Comisión realizó algunas sugerencias y le propuso que el organismo tuviera carácter nacional y que su sede estuviera en Bahía Blanca, porque la idea había sido local, pero además porque las condiciones culturales/geográficas de la ciudad la convertían en la “sede natural” del Centro:

“La ciudad es la Puerta de la Patagonia, lugar geográfico adyacente al Mar Argentino, constituyendo un nudo de comunicaciones terrestres, marítimas, aéreas, electrónicas e inalámbricas. Por ser un Polo de Desarrollo, la intensa actividad de sus casas de altos estudios, centros culturales, comerciales, etc., irradian su beneficio a todo el sur argentino y este encuentra en Bahía Blanca la puerta ancha que lo conecta al resto del país” (Carta de la Comisión Pro-Centro al intendente Puente, 13/12/1982 -Carta 1-).

La Comisión fundó además su pretensión de construir en Bahía Blanca un centro cultural nacional sobre Malvinas en la relevancia militar de la ciudad en la región patagónica, por su condición de sede del Comando del V Cuerpo del Ejército y su proximidad a la Base Naval Puerto Belgrano y la Prefectura Naval Argentina. Se proponía expresamente que estas unidades militares actuaran como asesoras en la ejecución de la obra (Acta N°3, 06/09/1982).

Por ende, para los autores del proyecto, por ser la “puerta ancha” que comunicaba el norte con el sur del país, Bahía Blanca tenía la legitimidad para erigirse en vocera nacional de los intereses patagónicos y por qué no de la memoria de Malvinas.

Así, el emprendimiento en memoria de Malvinas actualizó una memoria local de larga data de Bahía Blanca como “Puerta de la Patagonia”, “Capital del sur argentino”, pionera cultural, militar y económica de la región¹³, que, desde fines del siglo XIX y a lo largo del siglo XX, fundamentó los diversos reclamos para la creación de una nueva provincia sureña con la ciudad como cabecera y su propuesta como capital provincial (Silva, 1973). Se trata de memorias de diferentes temporalidades cuyos recorridos se cruzan por Malvinas. La

nueva iniciativa buscaba, en última instancia, otorgar a la ciudad la relevancia nacional que le había sido negada en distintos momentos de la historia ante los fracasos de los diferentes proyectos de capitalidad.

La Comisión Pro-Centro propuso que el edificio donde funcionaba la Aduana – ubicado en la manzana fundacional de la ciudad – fuera no sólo la sede del Centro, sino que albergara también a los muertos “por la Patria”, más precisamente los muertos “por la soberanía local”: “se ha proyectado también ubicar el Panteón de los Héroes del Sur, el que cobijaría las cenizas del fundador de la ciudad, Coronel Ramón Estomba, los restos del Soldado Desconocido de las Campañas al Desierto, los de los primeros habitantes indígenas, y, junto a ellos, los restos del Soldado Desconocido de las Malvinas” (Carta 1).

Construyendo una genealogía cuyo raíces se hundían en el período colonial, con la presencia de los pueblos indígenas de la región y pasando por la fundación de la ciudad a manos del coronel Ramón Estomba (11/04/1828) en su avanzada soberana al sur – primera instancia de las luchas que continuarían en la llamada “Conquista del Desierto” –, los promotores del proyecto pretendían mostrar que la guerra del Atlántico Sur era una nueva empresa soberana que, como las pasadas, había costado gran cantidad de vidas. Unían así la historia de Bahía Blanca con la historia de Malvinas, trazando una línea cronológica en la que los hitos fundantes de la ciudad se confundían con los acontecimientos clave de la defensa de la soberanía nacional. De este modo, construían una narrativa histórica nacionalista sin conflictos¹⁴, que habilitaba ubicar en el mismo lugar los restos de los indígenas locales y de los soldados que los habían aniquilado. La Comisión Pro-Centro configuraba una relación de continuidad temporal y contigüidad espacial entre la ciudad y las islas, que venía a fundamentar por qué la ciudad debía erigirse en vocera nacional de los intereses patagónicos.

La estrategia de la Comisión de exaltar la guerra de Malvinas como una gesta, inscribiéndola en una línea temporal junto a las otras “gestas nacionales”, no era algo novedoso. De hecho, durante los meses de la guerra contra Gran Bretaña, había sido un recurso habitual del gobierno dictatorial, tanto a nivel nacional (Guber, 2001; Lorenz, 2006) como local (Rodríguez, 2007), así como también de aquellos que adherían al conflicto.¹⁵ Apelando al discurso patriótico clásico construido en el siglo XIX y principios del XX en el contexto de formación del estado argentino, la Comisión trataba de continuar con la propuesta de refundación nacional a partir de Malvinas proclamada desde el gobierno militar y aceptada por gran parte de la sociedad en 1982, y, al mismo tiempo, de reivindicar a las FF.AA. Lo que pretendía la Comisión era continuar con la construcción de la nueva Argentina unida, “sin distinción de sectores o banderías” (Galtieri, en: Clarín, 3/4/1982) tantas veces proclamada durante la guerra: la causa Malvinas debería continuar siendo la punta de lanza para ello. Bahía Blanca, en tanto vocera nacional de la memoria de Malvinas, tendría en ese proyecto un lugar fundamental: de allí surgiría y se reconstruiría la unidad nacional, logrando la capitalidad – esta vez simbólica – tantas veces buscada.

Ahora bien, continuar con la propuesta de refundación nacional a partir de una guerra perdida era imposible. Por ello, mediante una operación discursiva la Comisión Pro-Centro transformó la derrota en victoria:

“La acción armada en Malvinas ha reivindicado en los hechos lo que todos los argentinos llevaban reivindicando por más de un siglo en el terreno de la conciencia: el resguardo de la soberanía nacional. Hubo lucha valiente con dos colosos de la guerra, hubo proezas en combate que asombraron a los técnicos en el mundo entero, tuvimos nuestros muertos cargados de gloria (...). Por encima de los aspectos negativos de toda guerra estas instancias constituyen un verdadero triunfo que el pueblo argentino debe asumir con profunda convicción, perseverando en todos los campos que sea posible hasta lograr el objetivo: recuperar las Malvinas e Islas del Atlántico Sur” (Carta 1).

Continuando con la construcción de la nueva Argentina, los círculos nacionalistas y/o pro-militares apelaban al conflicto como “gesta nacional”, inscribiéndola en el devenir histórico desde la ocupación inglesa de 1833, lo que en definitiva terminaba transformando la derrota en un “verdadero triunfo”, basado en la decisión argentina de recuperar y defender lo que era suyo, más allá de que la batalla fuera desigual y que el resultado no fuera el esperado.

Este relato silenciaba justamente aquello que la memoria hegemónica de la transición democrática proclamaba a gritos: el contexto político que precedió al conflicto y la situación crítica de la dictadura gobernante que vio en Malvinas una forma de recuperar la legitimidad. En muchos casos, ese discurso terminó erigiéndose en una defensa del accionar de las FF.AA. frente a las denuncias por los crímenes de la “guerra sucia”: refiriéndose a

Malvinas como gesta, las FF.AA. se reivindicaban como garantes de la soberanía nacional y legitimaban su accionar, recordando a la sociedad el consenso y apoyo brindado.

Sólo que este discurso que unía Patria, comunidad nacional y FF.AA. no era viable o no era eficaz en la posguerra porque había recibido demasiados embates justamente a causa de la derrota en Malvinas y porque las FF.AA., supuestamente garantes de la soberanía argentina, se habían manchado las manos con sangre nacional (Lorenz, 2006). Es por ello que las voces de la Comisión sonaban como gritos en el desierto. Nadie fuera de esos grupos estaba dispuesto a escucharlas. De hecho, la entidad terminó disolviéndose a fines de 1983, quedando en el olvido por varios años el proyecto del centro cultural.¹⁶

¿Por qué fracasó esta temprana iniciativa? No tenemos una respuesta definitiva. Una primera hipótesis es que la Comisión integrada por las cinco IP (Instituto Browniano, CRH, Asociación Amigos de Infantería de Marina, Asociación Sanmartiniana y MAU) perdió su impulso inicial y no presentó la propuesta al gobierno electo en octubre de 1983. Pero, muy posiblemente, la Comisión sí presentó el proyecto al nuevo gobierno democrático, pero no consiguió su aval. Puede suponerse que, a tono con la política llevada a cabo por el presidente Raúl Alfonsín, el intendente radical Juan Carlos Cabirón (1983-1991) prefiriera echar un manto de olvido sobre la guerra. Un proyecto para recordar Malvinas llevado a cabo por círculos nacionalistas y/o pro-militares evidentemente venía a contrapelo en un contexto en que todo lo militar era cuestionado, y bajo un gobierno que había hecho de la Justicia ante las violaciones de los DD.HH. perpetradas por las FF.AA. que habían protagonizado el conflicto bélico, uno de sus pilares.

3. Memorial Malvinas: entre el recuerdo de la causa y los caídos (1987-2012)

El 29 de abril de 1987 se constituyó la segunda comisión con el fin de erigir un monumento conmemorativo de Malvinas en la ciudad. Diez días antes se había producido un acontecimiento que resultó clave en las luchas por la memoria del conflicto bélico del Atlántico Sur. Durante el levantamiento “carapintada”¹⁷ conducido por Aldo Rico – un oficial de destacada trayectoria en la guerra –, el presidente Raúl Alfonsín rompió con su tradicional política de memoria del conflicto que alternaba entre el silencio del mismo y su incorporación a la historia nacional a partir de un discurso patriótico republicano, para situar nuevamente a Malvinas en la escena pública, pero militarizando su discurso y apelando al repertorio nacionalista clásico, al intentar exculpar a los sublevados que habían sido acusados por crímenes en los ‘70 por su condición de “héroes de Malvinas que tomaron una decisión equivocada” (Lorenz, 2006).

Fue en este contexto, que se constituyó la segunda Comisión Pro-Monumento, a partir de una iniciativa surgida en el Club de Oficiales de las FF.AA. (COFA).¹⁸ La propuesta, que consistía en erigir un monumento simbólico alegórico a la reivindicación de la soberanía de Malvinas de cara a los 5 años de la guerra, había surgido en abril de 1986 (Carta del vicepresidente y secretario del Club -coronel retirado Ernesto Crozet y capitán de corbeta retirado Manuel Arellano- al capitán de navío retirado Migliore, 22/04/1986), pero tuvo repercusión recién un año después, luego del levantamiento “carapintada”. Esta entidad era uno de los tantos organismos que formaban parte de IP y por ende desde un comienzo había tenido incidencia en las iniciativas en memoria de Malvinas.

Así, el emprendimiento era promovido por las mismas instituciones que habían encabezado el proyecto del Centro Cultural -las IP-, las cuales levantaban el mismo discurso para hablar de Malvinas (esa retórica que en la posguerra había sido transmitida por las FF.AA. sin repercusión pública, y a la que acudía el presidente Alfonsín en plena crisis militar). Los círculos civiles nacionalistas y/o pro-militares se proponían recordar Malvinas como cuestión nacional, reivindicando los derechos argentinos sobre las islas, lo que justificaba la guerra tanto como el apoyo popular a la misma.

Además, al igual que la iniciativa de 1982, era una propuesta encabezada por militares retirados, que pretendían reivindicar la guerra y la actuación de las FF.AA. en ella, oponiéndose así a la política de “desmalvinización”¹⁹ del gobierno radical. Al respecto el capitán de corbeta retirado e ingeniero Manuel Arellano, uno de los integrantes más activos y perseverantes de la Comisión Pro-Monumento²⁰, recuerda:

“Acá ya [...] estábamos en la época de la desmalvinización. Porque en el ‘82, después vino el ‘83 y ya subió Alfonsín. [...] Linares [intendente radical en el período 1991-2003] y compañía, todo el mundo estaba en que había que tratar de tapar todo y olvidarse, y pasar una goma de borrar en la mente de la gente para que todo el mundo se olvidara de Malvinas. Eso fue así. Entonces a

mi me pareció junto con otras personas, que no, que había que hacer algo al respecto [y pensamos en un monumento” (Manuel Arellano, 18/03/2009).

La propuesta del COFA tuvo resultados positivos. En 1987 se constituyó la Comisión Ejecutiva Pro-Monumento a los Combatientes de Malvinas y demás islas del Atlántico Sur, reconocida por el Concejo Deliberante (Ord. 4896, 26/11/1987)²¹, y conformada por representantes de ese organismo (el radical Emilio Fernández), la Federación de Sociedades de Fomento (Manuel Arellano), la CRH (Susana Martos de Rodríguez, profesora en historia y docente en la UNS, integrante de la Asociación Sanmartiniana) y la Municipalidad (arquitecto Jorge Gismondi, Director de Ordenamiento Urbano).

En 1988, en las primeras reuniones oficiales de la Comisión, se tomaron decisiones fundamentales referentes al monumento. En principio, se buscó lugar de emplazamiento, y se eligió un paseo peatonal denominado Camino de Cintura, un lugar periférico de la ciudad, aunque en expansión. En segundo lugar, la Comisión propuso que no fuera “una mera obra escultórica”, sino que había que pensar en un lugar más grande “para dar lugar a la construcción de un museo que en concordancia con las obras artísticas conformarían un complejo recordatorio a los caídos en Malvinas” (Acta, 5/8/1988). Si bien no se indicaba explícitamente, existía una clara vinculación entre esta propuesta y el proyecto realizado por Silva: se trataba nuevamente de un monumento funcional. En tercer lugar, la Comisión se propuso buscar el respaldo de otras instituciones locales, y por ello, convocó a la Agrupación Ex-Combatientes de Malvinas²², entre otras. Sin embargo, la participación de los ex-combatientes en la misma fue breve. Su alejamiento no fue ajeno al escaso protagonismo que la Comisión le otorgó a quienes habían luchado en la guerra, ya que, desde su perspectiva, los ex-combatientes no podían ser “arte y parte” del monumento, es decir integrar la entidad destinada a erigir un monumento en su homenaje (Acta, 02/09/1988). Además, el hecho de tratarse de jóvenes de 24 años también pudo jugarles una “mala pasada”, en tanto que la Comisión era un enclave de gente mayor.²³

El accionar de la de la Comisión Pro-Monumento se desarrolló en un momento clave de las luchas públicas por la memoria de la guerra de Malvinas. En 1988, el gobierno municipal fijó la primera marca territorial del conflicto bélico en democracia en la ciudad: la plazoleta en homenaje al capitán de la Fuerza Aérea Luciano Guadagnini, uno de los caídos bahienses en la guerra (Ord. 5203, 13/10/1988). Asimismo, por primera vez el intendente Cibirón proclamó un discurso en la conmemoración del 2 de abril²⁴ (antes sólo hacía acto de presencia). Además, ese año y gracias a su consolidación institucional, los ex-combatientes comenzaron a tener presencia en las conmemoraciones.

Luego de este primer impulso, el accionar de la Comisión pareció estancarse. Pero que no avanzara el memorial, no implicaba que en la ciudad no se desplegaran acciones tendientes a recordar Malvinas. Entre 1988-1992, Bahía Blanca vivió una de las etapas más prolíficas en iniciativas en torno a la memoria bélica pública. Todo esto mientras se sucedían los levantamientos “carapintadas” y el nuevo presidente, el justicialista Carlos Menem, iniciaba una política de cooptación de las FF.AA. y de acercamiento hacia los veteranos de guerra que poco a poco iban ganando protagonismo a nivel nacional²⁵, y a la vez impulsaba políticas de memoria de la guerra desde un discurso nacionalista tradicional, y de reconocimiento y contención de los combatientes, mediante el establecimiento de la pensión nacional, del monumento a la guerra en el corazón de Capital Federal, entre otros (Guber, 2001; Lorenz, 2006).

En Bahía Blanca, las IP continuaron organizando los actos el 2 de abril, actos en los que las autoridades municipales comenzaron a tener presencia, mientras empezaban a organizarse dos ceremonias diferentes: a la que se hacía tradicionalmente junto al cenotafio de los caídos en la plaza Rivadavia, se sumó otra en el lugar donde se iba a emplazar el proyectado monumento. En el período 1988-1992 también se establecieron diversas marcas territoriales en memoria de Malvinas: una mayólica conmemorativa en el V Cuerpo del Ejército (LNP, 3/4/1990) y las plazoletas Juan Carlos Bollo y Alejandro Vergara, en honor a dos cabos muertos en el hundimiento del Crucero Gral. Belgrano, en los barrios donde ellos vivían (Ord. 5749, 17/5/1990- 6066, 27/12/1990).

En todos los casos, se trataba de emprendimientos organizados por actores que de alguna forma se habían visto afectados por la guerra. Los actos los organizaban las tradicionales instituciones nacionalistas y/o pro-militares, principales paladines de la causa. La Mayólica fue una iniciativa militar. Las plazoletas se erigieron en los barrios donde los caídos Vergara y Bollo vivían, y a instancias de sus allegados y familiares. Eran, al fin y al cabo, políticas de la memoria de “grupos afectados” (Jelin, 2002) y no iniciativas donde hubiera una amplia participación de la comunidad.

En 1992, la Comisión Pro-Monumento se reactivó e impulsó la publicación de las bases del concurso regional de anteproyectos para el monumento. En las mismas, se proponía diseñar dos estructuras que conformarían el espacio conmemorativo a los ex-combatientes y de reivindicación de la soberanía argentina de las islas: una edificación donde funcionaría el centro cultural y la organización del área urbana exterior al edificio-monumento (Bases, 1993).

El proyecto ganador del concurso fue el de los arquitectos Alejandro Bostal y Horacio Scabuzzo. El mismo incluía, por un lado, un edificio circular, de color blanco donde funcionaría el centro cultural; y por otro, una plazoleta de planta circular, en declive y que tenía una tapa de hormigón con la silueta de las islas. Debajo de la estructura de hormigón, habría una urna con elementos relacionados a las islas. Una serie de rampas permitirían bajar del edificio a la plazoleta que estaba rodeada por taludes de tierra para impedir la vista a la calle y lograr, así, un espacio de reflexión. En los cordones de hormigón que rodeaba la plaza se grabarían los nombres de todos los caídos en la contienda. Se buscaba, así, dar cuenta de la pretensión de edificar un monumento nacional sobre Malvinas.

Asimismo, el proyecto incluía varios símbolos: la tierra, el agua, el fuego y el aire, que representaban las islas, el tiempo transcurrido y el recuerdo permanente. Y la hilera de álamos que rodeaba al monumento y se abría al sur, “al lugar de la reivindicación y la guerra proponiendo un pensamiento sobre nuestra ubicación en el planeta junto a los pueblos del sur” (Revista Construyendo. Obras en Bahía Blanca, octubre 1993).

¿De qué concepción de la guerra partía este proyecto? Los arquitectos percibían que: “La conmemoración a la que alude reviste de significados muy distintos para los habitantes de Bahía Blanca. La proximidad de los hechos y el protagonismo, activo o pasivo, que la mayoría de sus habitantes tuvo en ellos, suma facetas y matices a estas diferentes concepciones” (LNP, 21/8/1993). Bostal y Scabuzzo percibieron las luchas por la memoria de la guerra y lo conflictivo del acontecimiento en tanto derrota militar que interpelaba la participación de los ciudadanos, con lo que optaron por presentar un proyecto que no calificara al conflicto ni tuviera ningún tipo de simbología militar, sino que tuviera como elemento principal a los caídos en Malvinas:

“Nosotros, en la elección de las formas, obviamos siempre todo lo que fuera una referencia bélica, como algunos participantes del concurso que hicieron referencias bélicas, ya sea por los desastres de la guerra, la gloria de los combatientes, o como se quiera interpretar. Nuestro proyecto está completamente despojado de significaciones directas sobre la contienda. Lo único que contenía el monumento era el nombre de los caídos [...] porque entendíamos que sobre ellos había acuerdo. Porque uno pensara que la gesta era perfecta y era lo mejor que le había pasado, o porque yo respetara a aquellos que había, a pesar de que no hubieran estado de acuerdo con la guerra, hubieran respetado a esa persona que había dado la vida” (Alejandro Bostal y Horacio Scabuzzo, 16/03/2009).

Los arquitectos se plantearon dos objetivos. Por un lado, crear un espacio de recogimiento y reflexión para un episodio que tenía lecturas múltiples. Por otro lado, homenajear a los caídos -todos ellos, militares y civiles- porque, más allá de que se cuestionara la guerra o se la exaltara, consideraban que existía un consenso general en homenajear a quienes habían dado su vida en el conflicto en cumplimiento de su deber cívico.²⁶

Si en las bases del concurso lo que se pretendía recordar era la reivindicación soberana y los protagonistas de la guerra, en el proyecto ganador se rescataba el sacrificio de los muertos en las islas. En el mismo, el discurso nacionalista clásico aparecía desdibujado: la causa por la que murieron sólo se insinuaba en la silueta de las islas en la base de la plaza y en la hilera de álamos orientada al sur, pero no proponía ninguna dedicatoria que hablara de la “gloria” de los “muertos por la Patria” ni de la “gesta”. Se trataba de un lugar de duelo que tendía a la reflexión del pasado conmemorado sin ninguna calificación directa de la guerra. Pretendía ser un simple reconocimiento a los caídos en cumplimiento de su deber cívico y republicano.

Más allá de la intencionalidad de los arquitectos que firmaban el proyecto ganador, la Comisión Pro-Monumento pretendió redireccionar el significado del futuro memorial hacia su forma de entender Malvinas -y, en general, el pasado nacional- aquella anclada en el nacionalismo tradicional. Si bien el discurso de todas las entidades que formaban parte del ente no era homogéneo, en general la posibilidad de una crítica a las FF.AA. o un cuestionamiento a la guerra era inviable para todas ellas. Al fin y al cabo, el monumento terminó siendo parte del discurso patriótico clásico, y la intencionalidad de los arquitectos se vio diluida o pasada por alto en cada declaración pública de los integrantes de la Comisión. Por ejemplo, el concejal Emilio Fernández indicaba que el monumento rescataría “el heroísmo y el coraje de quienes protagonizaron la gesta de Malvinas” (LNP, 30/8/1993).

Tras la selección del proyecto, fue necesario juntar los 300 mil pesos que demandaba la inversión. Desde 1993 y hasta años recientes, el dinero no se había logrado reunir: no se consiguieron aportes privados, tampoco militares, y los únicos fondos públicos que se recaudaron fueron municipales, pero los mismos resultaron insuficientes. El dinero aportado por el municipio o recaudado en las colectas populares²⁷ sólo permitió parquizar e iluminar el sector donde se emplazaron los cimientos del edificio circular en 1997. La obra, que pasó a denominarse “Memorial Malvinas” en 1998²⁸, quedó paralizada por casi 15 años.

Entre 1993-2000, las iniciativas públicas tendientes a recordar Malvinas parecieron enfriarse en la ciudad. Si bien las IP continuaron organizando los actos el 2 del abril, por un lado, las autoridades municipales dejaron de asistir o de pronunciar discursos y, por el otro, la afluencia ciudadana fue disminuyendo y a fines de los '90 estaba prácticamente ausente. Asimismo, la Agrupación Ex-Combatientes fue perdiendo presencia pública.

De todas formas, y en un contexto de crisis económica, se encararon otros emprendimientos para recordar a los caídos bahienses, como el monumento del V Cuerpo del Ejército a los combatientes de la unidad y las plazoletas capitán de aviación naval Carlos Zubizarreta y Hugo Galliano -conscripto tripulante del Crucero Gral. Belgrano (Ord. 7579, 27/08/1993; 8841, 15/09/1995). Como en otros escenarios, todos los emprendimientos partieron de la iniciativa de grupos de afectados: las FF.AA., los vecinos del barrio donde vivían los caídos, y no involucraban a otros sectores sociales.

Finalmente, el monumento se concretó parcialmente el 2 de abril de 2011, cuando el intendente justicialista Cristian Breitenstein (2006-2011) inauguró el Memorial en el acto conmemorativo local.²⁹ Sin embargo, la conclusión únicamente de la edificación circular, sin tener en cuenta su articulación con el entorno, motivó un nuevo conflicto en la historia de un monumento que ya lleva 20 años de marchas y contramarchas.³⁰

Figura 1. Memorial Malvinas



Fuente: <http://www.diario3.com.ar/bahia-vandalos-volvieron-a-danar-el-memorial-a-los-heroes-de-malvinas/>

4. El Monumento del Centro de Veteranos de Guerra a los caídos bahienses (2003-2005)

A principios del siglo XXI, y ante una nueva crisis económica, Malvinas volvía a tener una fuerte presencia en la escena pública de la mano del discurso patriótico clásico. En los actos oficiales por el vigésimo aniversario del conflicto, las autoridades nacionales apelaron a la guerra como “gesta” y a los protagonistas como “héroe”. En ellos, los sobrevivientes de la guerra y los deudos de los caídos tuvieron un indiscutible rol protagónico, en tanto los actos se hacían en homenaje a los “héroe de Malvinas”, militares y civiles por igual, que habían luchado y dado su vida “por la Patria”, sin importar las características del régimen imperante y sin deslindar responsabilidades (Lorenz, 2006).

En este contexto, el discurso que desde la inmediata posguerra venían sosteniendo los círculos nacionalistas y/o pro-militares locales y las FF.AA.³¹, ganaba centralidad y poco a poco era asumido desde las esferas gubernamentales, dejando en un segundo plano otras narrativas bélicas.

En esos años, la Agrupación Ex-Combatientes de Bahía Blanca -renombrada Centro de Veteranos de Guerra de Malvinas- tomó un nuevo impulso, convirtiéndose en vocera de los reclamos por el monumento. A 20

años de la guerra, la consolidación institucional del Centro de Veteranos, la presencia de una nueva camada de civiles y militares que comenzaron a dirigir la entidad y la revitalizaron, y el hecho de tratarse de hombres ya adultos, explican el rol fundamental de los sobrevivientes de la guerra en las luchas por la memoria local de Malvinas, quienes comenzaron a promover todo tipo de iniciativas en recuerdo de la guerra. Esta situación no estuvo exenta de conflictos y fricciones con las tradicionales IP, las entidades que habían impulsado las políticas en memoria de la guerra y en reconocimiento de sus protagonistas hasta el momento, pero que en el proceso se habían apropiado de esas conmemoraciones, en ocasiones excluyendo o limitando ampliamente la intervención de los sobrevivientes del conflicto.

Al nuevo activismo y protagonismo del Centro, se sumó la creación de otras instituciones vinculadas a Malvinas, como la Unión de Suboficiales Veteranos de Guerra de Malvinas en 2005, conformada únicamente por militares que participaron en el conflicto, y la Asociación de Ex Soldados Malvinas Argentinas Bahía Blanca (ADESMA) en 2007, constituida por el personal que estuvo movilizado en el continente pero no cruzó a las islas.³² Estas instituciones ganaron rápidamente visibilidad pública, y más allá de los enfrentamientos que se produjeron entre sí debido a los límites en la definición de la identidad de veterano de guerra, la existencia y actividad de las tres entidades redundó en la consolidación de la memoria de Malvinas en la esfera pública local.

Así, desde principios del 2000, el Centro comenzó a organizar los actos oficiales del 2 de abril -desplazando a las IP³³- en los que la voz de su presidente se convirtió en referencia ineludible, y sus integrantes en el eje indiscutido. Asimismo, dicha entidad, y en menor medida la Unión y ADESMA, empezaron a promover diversas iniciativas en memoria de la guerra, como el proyecto “Malvinas en las escuelas”, muestras en los museos locales, organización de concursos escolares literarios y de dibujo, entre muchas otras. Todas estas propuestas lograron reactivar la memoria pública bélica, que se tradujo en nuevas marcas territoriales, como las plazuelas en homenaje a los caídos bahienses Omar Rupp -marinero civil del pesquero Narwal-, Enrique Pereyra y Néstor Gorosito -militares tripulantes del Crucero Gral. Belgrano- (Ord. 12609, 18/03/2004; 12621, 22/04/2004; 13662, 26/01/2006), la Plaza Héroes de Malvinas -gestionada por el Consorcio del Puerto de Ingeniero White (Gaceta Marinera, 7/03/2007)- y la Plazuela Guardacostas Río Iguazú, en homenaje a un buque de Prefectura averiado en la guerra (Ord. 10700, 17/09/1999).

Sin bien no todas eran iniciativas del Centro ni de las otras entidades, recibieron un fuerte respaldo y apoyo de sus integrantes. La gran mayoría de estos emprendimientos partieron de grupos de afectados -sobrevivientes, familiares de muertos, vecinos de los caídos- y no evidenciaban una participación comunal amplia.

Este nuevo activismo redundó en un vigorizado reclamo por el monumento. Desde el año 2001, el Centro de Veteranos promovió diversas gestiones a nivel municipal para la concreción del Memorial, proponiendo modificar el diseño de los arquitectos Bostal y Scabuzzo. Ante su negativa, los ex-combatientes reclamaron la construcción de otro monumento, más pequeño y económico.

Durante 2003 y 2004, los veteranos trabajaron junto a la dirección técnica de la Municipalidad para diseñar el monumento, primero bajo la intendencia del radical Jaime Linares (1991-2003) y luego del justicialista Rodolfo Lopes (2003-2006). El Centro tuvo un fuerte protagonismo en todos los aspectos: en su iniciativa, diseño, inauguración y continua remodelación y puesta en valor.

El primer aspecto a decidir fue el lugar donde lo iban a emplazar. Luego de evaluar diversas posibilidades, eligieron una plazuela en el Camino de Cintura, a 10 cuadras del entonces inconcluso Memorial. Un segundo aspecto a considerar fue el diseño del monumento. Éste consiste en una placa central de acero inoxidable con la silueta de las islas recortadas, a cuyos lados se encuentran dos alas en donde se despliegan horizontalmente 15 placas revestidas en mármol por cada uno de los caídos bahienses, acompañadas de una llama permanente. Rodeando el monumento hay un sistema de agua en continuo movimiento. En la placa central, debajo de las islas, aparece grabada la frase “Y juraron con gloria morir...” y la placa dedicatoria indica: “El pueblo de Bahía Blanca en homenaje a sus hijos que dejaron la vida por la Patria y por la defensa de nuestros derechos soberanos”, y también “El Centro Veteranos de Guerra de Malvinas Bahía Blanca a los hijos bahienses caídos en defensa de nuestra soberanía.” El monumento está orientado de forma tal que quien se sitúa frente a él, mira al sur.

Figura 2. Monumento a los caídos bahienses



Fuente: Fotografía de la autora.

Se trata de un claro ejemplo del culto patriótico a los muertos. Un monumento donde las huellas del nacionalismo y el duelo se cruzan y entremezclan. Que es un lugar de duelo, es evidente desde lo visible (la placa de mármol por cada uno de los nombres de los caídos bahienses es extremadamente similar a una tumba) y en lo que describen los veteranos: “un lugar donde los familiares de los caídos puedan llevar una flor” (Ramón Romero, 04/03/2009)³⁴, es decir, un espacio que ayude a los deudos a darle sentido a sus muertes, a recordarlos y lidiar con el dolor de la pérdida.

Es también un monumento fuertemente nacionalista. Si bien a simple vista no exalta la guerra ni tiene ninguna simbología militar evidente³⁵, hace referencia explícita a la causa nacional por la que dieron la vida esos 15 combatientes, causa que legitima sus muertes. La frase “y juraron con gloria morir”, elegida por los mismos veteranos, y la dedicatoria a los hijos bahienses que murieron “por la Patria y por los derechos soberanos”, no dejan lugar a duda.

El monumento comparte varios aspectos con el recientemente inaugurado Memorial. Si dejamos de lado que el primero pretendía ser un monumento nacional, y el nuevo es claramente local, y que uno era un monumento funcionalista, y el otro es meramente simbólico, ambos son monumentos no figurativos (la única imagen con una referencialidad clara que hay es la silueta de las islas), sin ningún tipo de simbología militar directa y donde los caídos son el eje principal. A simple vista, ninguno de los dos exalta la guerra ni la cuestiona, sino que rinden homenaje a los que se sacrificaron, al extremo de dar sus vidas. La gran diferencia en lo que propone recordar uno y otro, es que en el monumento propulsado por el Centro de Veteranos no hay dudas sobre la legitimidad de las muertes, la reivindicación de los derechos soberanos -una causa que las cubre de gloria- está claramente expresada. En cambio, en el proyecto original del Memorial, no existía una manifiesta ratificación de la causa. Como sea, ambos son lugares de duelo. Pero, mientras en el viejo proyecto se dejaba amplia libertad de interpretación, en el nuevo la reflexión autónoma está acotada

Si bien a simple vista el monumento parece no calificar a la guerra, si lo ponemos en diálogo con el discurso del Centro de Veteranos, es clara la narrativa patriótica clásica que se desprende y que califica a Malvinas como “gesta” y a los caídos como “héroes”. Como indica el presidente del Centro cuando se concretó el memorial: “No es un monumento, ni para Hugo Castro [...] que estoy dentro de la lista [de la comisión directiva], si no un monumento a los caídos, un monumento a la gesta, un monumento a...a lo que representó la guerra de Malvinas” (Hugo Castro, 20/03/2009).³⁶ Se trata, por tanto, de un monumento patriótico en el que se glorifica el sacrificio de los que dieron su vida por valores supremos: la causa nacional Malvinas.

A 23 años de la guerra, el 2 de abril de 2005, Bahía Blanca por fin lograba construir un monumento a Malvinas y el proyecto se realizó en sólo dos meses. La rapidez en la concreción de la obra estuvo vinculado al fuerte respaldo del intendente justicialista Rodolfo Lopes al emprendimiento. Su compromiso con los veteranos estaba arraigado en fuertes bases ideológicas, y principalmente en su concepción de la historia nacional: “Yo tengo un concepto muy nacionalista de la historia y realmente trato de reivindicar todos los hitos que han hecho a lo nacional argentino”, porque “es parte de la genética de la Patria [...]. Un individuo

no se puede desprender de su genética, y nosotros, desde nuestra genética histórica, no nos podemos desprender” (Rodolfo Lopes, 23/09/2008), ya que nos confiere nuestra identidad.

Según el intendente justicialista, era necesario recordar Malvinas porque era un hito histórico nacional: “Si las decisiones que tomaron fueron acertadas o no, en realidad eso, creo que está de más. Creo que hoy por hoy, ya eso ha pasado, la guerra existió, la Argentina perdió más de 300, no sé, más de 500 personas perdió” (Rodolfo Lopes, 23/09/2008). Lopes se sumaba así al discurso hegemónico en la esfera gubernamental nacional de reconocer la “gesta” de Malvinas y a los “héroes” que la protagonizaron más allá de las causas políticas que motivaron la guerra.

5. Reflexiones finales

A lo largo del artículo fuimos rastreando las huellas que nos permitieron reconstruir, contextualizar y tratar de comprender los emprendimientos para establecer espacios conmemorativos a Malvinas en Bahía Blanca desde 1982 al 2012. En todos los casos, se trató de iniciativas que comenzaron siendo societales – ya que no partieron de actores políticos o estatales – para luego ser reconocidas oficialmente por la Municipalidad, aunque su participación varió según el proyecto y la coyuntura histórica. En el proyecto impulsado por el Centro de Veteranos (2005) hubo una implicación y un compromiso mucho más profundos que en los anteriores (1982, 1987), lo que en definitiva determinó su rápida concreción.

En todos los casos fueron iniciativas societales pero no exclusivamente civiles, porque desde un comienzo tuvieron gran influencia militar, tanto desde los círculos civiles nacionalistas y/o pro-militares tradicionales como desde el Centro de Veteranos. Muchos de los impulsores eran militares retirados o de baja, o civiles con fuertes lazos con las FF.AA. En efecto, una de las particularidades que se percibe en las iniciativas en memoria de la guerra es justamente esa fuerte imbricación entre las esferas civil y militar, que parecen no estar claramente delimitadas; interrelación que parecería ser una característica de la cultura y política bahiense -aunque nos preguntamos si en realidad no es un rasgo común a muchas ciudades patagónicas o de frontera que formaban parte de los territorios nacionales, en las que las FF.AA. eran y son una presencia de la vida cotidiana (Lorenz, 2009).

Por otra parte, en la gran mayoría de los casos se trató de proyectos promovidos por grupos afectados de alguna forma por la guerra, ya sea “directamente”, como los sobrevivientes, o “indirectamente”, como los deudos, los vecinos de los caídos, las FF.AA. o las instituciones nacionalistas y/o pro-militares (voceros históricos de “la causa”). Por ende, se evidencia una ausencia clara: la participación de otros sectores sociales que no estuvieran particularmente vinculados a Malvinas.

A lo largo de los 30 años de la posguerra, las iniciativas memoriales locales sobre Malvinas involucraron a los mismos actores: las instituciones tradicionales locales y el Centro de Veteranos -todos ellos integrantes de las IP. Y si bien se produjeron disputas entre estos actores, esas luchas por la memoria de Malvinas estuvieron mucho más ligadas a quiénes eran los sujetos que debían recordar- es decir, a quiénes tenían la autoridad para promover la memoria sobre la guerra y organizar las actividades memoriales -más que al sentido que se le otorgaba al conflicto o a las formas de conmemorarlo. En otras palabras, retomando la distinción establecida por Jelin (2002) sobre los ejes claves en el análisis de todo proceso memorial, el punto en disputa era “quiénes” recordaban (en este caso, los sobrevivientes reclamaban que les correspondía un lugar en el diseño del memorial y en las conmemoraciones que habían sido apropiadas por las IP, lugar que luego lograrían conquistar en desmedro de éstas), no “qué”, “cómo” y “cuándo” lo hacían, ya que todas las instituciones que intervinieron en los proyectos desplegaron una común política de memoria respecto a la guerra.

En tal sentido, todas ellas recordaban/recuerdan la guerra desde una narrativa patriótica clásica que habla de “héroes” y “gestas”, y descontextualiza la guerra de la dictadura que la llevó a cabo. Este relato iguala a todos los actores del conflicto, no deslinda responsabilidades y, al evitar mencionar (o dejar en un segundo plano) las condiciones políticas en que la guerra fue posible, permite transmutar la derrota bélica en una victoria militar. Así Malvinas pasa a la esfera de lo sagrado, de lo indiscutible:

“El discurso patriótico (...) presenta dos ventajas a la hora de hablar de Malvinas: la Patria es un espacio donde los conflictos internos no tienen lugar, habitado por los puros, los héroes que murieron por ella. Estos, en el caso de Malvinas, eran civiles y militares, los antagonistas de los distintos discursos históricos acerca de la transición. Es lo eterno, el referente para todos más allá de cualquier tipo de antagonismos (...).

En esta retórica, lo que predomina es la ausencia de reflexión, aplicada ésta a las distintas responsabilidades y conductas: el deber cumplido se ve realizado por las malas condiciones en las que se peleó, e iguala a oficiales y subalternos (todos son muertos por la Patria); el apoyo de la sociedad fue por un sentimiento puro y en consecuencia, resulta secundario qué apoyo, qué tergiversaciones recibió” (Lorenz, 2006: 295-296).

Se trata, a fin de cuentas, de una continuidad del discurso del que el gobierno militar y los sectores sociales que los apoyaban, abusaron durante la guerra, discurso que pretendía refundar la nación a partir de Malvinas como causa aglutinante de la sociedad. Sólo que esta vez la refundación vendría de la ciudad que hacía años venía proclamando su capitalidad simbólica de la Patagonia: Bahía Blanca sería la plataforma para continuar con la construcción de la nueva Argentina que parecía haberse truncado con la derrota del 14 junio de 1982.

Si “conmemorar la guerra y las muertes requería darle nueva forma a los significados quebrados por la guerra”, para “re-imaginar la nación” (Hass, 1998: 9), ¿cómo entender la estrategia de rememoración de los emprendedores bahienses que, apelando a la fórmula patriótica clásica³⁷ (aquella que concibe la nación como producto de una esencia originaria, ahistórica, y que se funda en el territorio como elemento atemporal y constitutivo de la “argentinidad”), hicieron de Malvinas el acontecimiento desde el que construir la nueva Argentina?

En verdad, este imaginario, permitía legitimar el rol de la ciudad como vocera nacional de la memoria de Malvinas: ¿qué mejor que Bahía Blanca, el “punto medio” del país, puente entre norte y sur, “Puerta de la Patagonia”, para difundir la causa nacional y la guerra?

A lo largo de la historia argentina, Malvinas se construyó como causa nacional y su reclamo fue utilizado por los más diversos sectores sociales y políticos que al reclamar por el territorio irredento, denunciaban también su propia exclusión, sus proyectos frustrados, derrotados, sus esperanzas incumplidas (Guber, 2001). Para Bahía Blanca, la apropiación de la causa Malvinas significó la oportunidad de reclamar un viejo anhelo: ser la capital de una nueva provincia o como mínimo la capital simbólica del sur argentino.

Así, al convertirse en vocera de la recuperación de las islas, Bahía Blanca buscaba recuperar la prosperidad perdida, reintegrándose plenamente al desarrollo nacional. Sin embargo, se trató una vez más de un “error de cálculo”: un memorial de carácter nacional se reveló como un proyecto demasiado ambicioso e imposible de concretar.

En las iniciativas locales para establecer lugares de la memoria de Malvinas, el devenir histórico de la ciudad se entrecruzó constantemente con el derrotero de las islas. De hecho, estos encuentros y cruces se extienden hasta el presente, ya que así como la recuperación de las islas sigue siendo un reclamo pendiente, la capitalidad – aunque sea simbólica – de Bahía Blanca, continúa escurriéndose y se aleja en un futuro cada vez más lejano.

Agradecimientos

Agradezco la plena predisposición y generosidad de Manuel Arellano, incansable promotor y luchador por la concreción del memorial Malvinas, quien fue un pilar fundamental en esta investigación. Asimismo, quiero agradecer a Isabel Trujillo y a Carlos Estévez, dos activos emprendedores de la memoria de Malvinas. Por último, agradezco la inteligente lectura de Silvina Jensen, Federico Lorenz, Virginia Dominella, Ana Seitz, Lorena Montero, Ana Vidal, Julia Giménez, Belén Zapata y Rocío Zanetto.

Notas

¹ Tengamos en cuenta que el conflicto bélico por las islas del Atlántico Sur (islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur) fue llevado a cabo por una dictadura militar que estaba en el poder desde el golpe de estado del 24 de marzo de 1976. Durante el régimen – y también antes –, las FF.AA. desplegaron una feroz represión ilegal, en la cual secuestraron, torturaron y asesinaron a miles de ciudadanos. Para 1982 el régimen militar enfrentaba una grave crisis económica, social y política, cuyos síntomas habían comenzado a evidenciarse con las denuncias por las múltiples violaciones a los DD.HH. que había cometido la dictadura, sumadas a una creciente movilización antidictatorial, en el marco de un gobierno inconstitucional con graves falencias administrativas e institucionales. En ese contexto, el desembarco en Malvinas el 2 de abril – una causa

nacional arraigada en gran parte de la sociedad argentina – aparecía como la oportunidad perfecta para recuperar la legitimidad perdida por el régimen y promover la unidad nacional. Finalmente, la derrota bélica el 14 de junio y sobre todo las denuncias de las tremendas improvisaciones e irregularidades que había caracterizado al conflicto, dio el golpe de gracia a la dictadura, que se retiró el 10 de diciembre de 1983 (Lorenz, 2009).

2 En cuanto a su relevancia en el sudoeste bonaerense, hay que tener presente que el desarrollo de la ciudad como nodo regional se puede rastrear a fines del siglo XIX, momento en que Bahía Blanca logró incorporarse exitosamente al proyecto nacional de la generación del '80, mediante una transformación económica y política de gran envergadura. En esa época, la construcción del muelle portuario – que motivó un fuerte desarrollo de las actividades comerciales y financieras –, sumado a la llegada del ferrocarril – que permitió comunicar a la ciudad con el resto del país –, la instalación de establecimientos industriales medios y la revolución agrícola regional, provocó el gran salto de la ciudad como el polo de desarrollo de mayor relevancia al sur de la Capital Federal. Este crecimiento fue favorecido por el incremento poblacional, producto de las colonias de inmigrantes que se asentaron en la ciudad y acompañaron el proceso de urbanización local. Además, por su estratégica localización geográfica en tanto puente que vinculaba Buenos Aires y la Patagonia, nudo de comunicaciones terrestres, marítimas, aéreas entre el norte y sur de país, la ciudad pretendió erigirse también en un polo político clave a nivel nacional. Como retomaremos en el artículo, diversos proyectos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX que proponían a la localidad como capital de la provincia de Buenos Aires o como cabecera de una nueva provincia dan cuenta de ese ascendiente económico y político de Bahía Blanca en la región. Ver: Cernadas de Bulnes (2001).

3 Existen varias variables a tener en cuenta para evaluar el lugar de Bahía Blanca en el conflicto. Por un lado, las reuniones de planificación de toma de las islas se llevaron a cabo en Bahía Blanca y Punta Alta dado que el desembarco fue una iniciativa que partió de la Marina (y se planificó en la Base Naval de Puerto Belgrano), a la que luego se sumaron representantes de Fuerza Aérea y del Ejército (en este caso, se sumó la mayor autoridad del V Cuerpo). Además, del Comando del V Cuerpo con asiento en Bahía Blanca dependía la organización general de las unidades que permanecían en la Patagonia a la espera del traslado a las islas o cuidando las fronteras con Chile, y de hecho una de sus autoridades formó parte del principal órgano consultivo del Gobernador y Comandante Militar en Malvinas (el Centro de Operaciones Conjuntas). Asimismo, dos unidades con asiento en Bahía Blanca participaron en el conflicto (la Compañía de Policía Militar 181 y el Batallón de Comunicaciones 181). Ver: CAERCAS, 1983.

4 El TOAS estuvo vigente desde el 7 de abril hasta el 14 de junio de 1982 e incluía la Plataforma Continental, Islas Malvinas, Georgias del Sur, Sándwich del Sur y el espacio aéreo y submarino correspondiente.

5 Los bahienses vivieron la guerra en un clima de fervor patriótico que se manifestó en las movilizaciones en adhesión al conflicto y en las campañas para colaborar con los soldados, prácticas comunes en gran parte del país. Pero, además, la cotidianeidad bahiense se vio marcada por la tensión ante el peligro de un ataque aéreo debido a su cercanía al TOAS y a la Base Naval de Puerto Belgrano. Medidas como las prácticas de evacuación y los oscurecimientos fueron habituales en la ciudad. Ese clima de tensión que compartieron las ciudades del litoral patagónico por su proximidad al espacio bélico, hizo que allí la guerra se viviera con mayor intensidad que en otras zonas del país (Rodríguez, 2007; Lorenz, 2006).

6 Todas las entrevistas fueron realizadas por la autora en Bahía Blanca, excepto en los casos de los testimonios del ex-intendente Rodolfo Lopes y del ex-combatiente Guillermo Castro que fueron recabados por la profesora Griselda Gómez, a quien le agradezco que me permitiera utilizarlos en esta investigación. En otro orden de cosas, es relevante aclarar que en caso de no incluir la información necesaria de los entrevistados en el cuerpo del texto, ellos serán presentados en nota al pie la primera vez que sean mencionados.

7 Una ponencia sobre este emprendimiento fue presentada en las V° Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente y publicada en sus respectivas actas. Ver: Rodríguez, 2010.

8 El profesor Silva tiene una larga trayectoria académica vinculada principalmente a la historia económica de Hispanoamérica en la etapa colonial. Fue investigador del CONICET, y a lo largo de su carrera se relacionó con diversas instituciones superiores de educación en Europa y América, lo que lo llevó a integrar las Academias de Historia de distintos países, e inclusive de Argentina, de la que es académico de número. Asimismo, a nivel local, participó en varias entidades tradicionales (a las que referimos a lo largo del artículo), como la Comisión de Reafirmación Histórica y la Junta de Estudios Históricos de Bahía Blanca, con las que llevó adelante diversos proyectos en el ámbito público como la señalización de los espacios de relevancia

histórica en la ciudad, la publicación de boletines y revistas, entre otros. Siendo parte de esas entidades, tuvo contacto frecuente con historiadores navales y marinos retirados; y de hecho, sus vínculos con la Marina son de larga data ya que el profesor cursó sus estudios secundarios en el Liceo naval almirante Brown. Sin embargo, ello no fue obstáculo para que fuera declarado prescindente en la Universidad Nacional del Sur en 1981, durante la última dictadura militar (según Fernández Stacco (2009: 396), por una equivocación de los Servicios de Informaciones). Luego, en 1983 fue reincorporado, y ejerció como docente titular en la cátedra de historia americana y argentina hasta mediados de los 2000, cuando se jubiló. Ver: Hernán Silva, 07/04/2009.

[9](#) La CRH reunía a una serie de instituciones locales de diverso tipo con el objetivo de promover el estudio, la investigación y la difusión de la historia local desde un paradigma tradicional.

[10](#) Dos de las instituciones tenían como objetivo realzar la figura de un prócer histórico (Brown y San Martín); otra, MAU, había sido creada a instancias de la guerra para organizar actividades en adhesión al conflicto y de solidaridad con los combatientes, y la última tenía como objetivo reunir periódicamente a retirados o simpatizantes de infantería de marina.

[11](#) Se trataba de instituciones que tenían gran contacto con las FF.AA. y en muchos casos estaban conformados por una alta proporción de militares retirados. Un listado del resto de las organizaciones que fueron parte de IP puede dar una idea del tipo de entidades que agrupaban: Asociación Pro-Patria, Círculo Oficiales de Mar, Círculo Suboficiales de Ejército, Círculo Suboficiales de FF.AA., Círculo Suboficiales de Prefectura, Club Oficiales de las FF.AA., Instituto Aeronaval, Instituto Belgraniano, Asociación Amigos del Crucero Gral. Belgrano, Asociación Amigos del V Cuerpo del Ejército, Asociación Descendientes de Guerreros y Próceres de la Independencia Argentina, Centro Brigadier Gral. J. M. de Rosas, Centro Cultural Peruano Argentino, Círculo de Oficiales Retirados de la Policía Prov. de Buenos Aires, Centro Naval, Chicos de la Plaza Tambor de Tacuarí, Círculo de Suboficiales Policía Federal, Círculo de Suboficiales y Agentes de la Policía de la Prov. de Buenos Aires, Círculo Policial de la Prov. de Buenos Aires, Club Tiro Federal Argentino, Cruz Roja Argentina, Grupo Scout Cnel. Estomba, Instituto de Investigaciones Históricas Privadas Tcnel. Molina, Instituto Güemesiano. Un dato a tener en cuenta es que en los '90 se incorporó la Agrupación Ex-Combatientes de la Guerra de Malvinas. Para un análisis análogo del accionar de estas instituciones en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, ver: Guber (2004).

[12](#) Víctor Puente estuvo al frente del gobierno municipal en dos oportunidades: 1972-1973 y mayo de 1976-diciembre de 1983. El respaldo de Puente a las iniciativas en memoria de Malvinas desde el discurso nacionalista tradicional, se manifiesta también en la construcción de un cenotafio en homenaje a los caídos bahienses “muertos por la Patria en la gesta reivindicatoria del Atlántico Sur” en la plaza central de la ciudad inaugurado el 2 de abril de 1983.

[13](#) El imaginario local de Bahía Blanca como “Capital del sur argentino” data de fines del siglo XIX y principios del XX y hace referencia a la extraordinaria relevancia de la ciudad para el país, al rápido crecimiento económico, y al próspero futuro que le aguardaba. La imagen de la ciudad como “Puerta de la Patagonia” está basada en que la misma fue, durante mucho tiempo, el núcleo urbano más importante al sur de la provincia de Buenos Aires y uno de los puntos claves de la autodenominada “Conquista del Desierto”. Para los imaginarios bahienses, ver: Rivas (2008).

[14](#) Esta narrativa histórica – que forma parte y a la vez refuerza los sentidos comunes de la sociedad argentina sobre la identidad nacional – ha sido transmitida durante años por los manuales escolares. Se trata de un relato político-militar en el que las disputas están ausentes o quedan diluidas ante un proceso mítico e integrador de construcción patriótica de la nación primero y del estado después. Este relato se fundamenta en una noción ahistórica de la nación que está basada esencialmente en el territorio, elemento atemporal y desde siempre portador de “argentinidad” (Romero, 2004).

[15](#) Por ejemplo, LNP, diario de tradicional prédica conservadora, antiperonista y pro-militar, daba cuenta de ese recurso para exaltar la guerra y, de paso, reivindicar a las FF.AA., en la primera editorial sobre el conflicto: “El único territorio irredento argentino (...) acaba de ser reconquistado, también por la fuerza, sólo que esta vez avalada por inobjetable derechos históricos, jurídicos y morales. El gobierno argentino ha obrado un hecho cuya trascendencia es semejante, sin hipérbole alguna, a las gestas más gloriosas de la Nación. Nada ni nadie podrá restarle méritos a esta empresa que ratifica plenamente la patriótica voluntad y vocación de servicio de las Fuerzas Armadas, cualesquiera sean sus errores en otros aspectos” (LNP, 2/4/1982).

[16](#) El último indicio que recabamos de esta Comisión es una nota de noviembre de 1983 en la que Migliore indicaba que conservaría el expediente del proyecto en la CRH con el objeto de presentarlo al nuevo intendente en 1984.

[17](#) Los levantamientos “carapintadas” fueron alzamientos de oficiales de rango medio del Ejército que pretendían poner un límite a los juicios por violaciones a los DD.HH. que estaba llevando a cabo el gobierno radical. Se los llamó “carapintadas” porque los sublevados se pintaban la cara como si se camuflaran para ir a la guerra, recordando así su pasado bélico en Malvinas y diferenciándose de los “generales de escritorio”, aquellos superiores que no habían ido a las islas. Los levantamientos fueron cuatro: Semana Santa (abril de 1987), Monte Caseros (enero de 1988), Villa Martelli (diciembre de 1988), levantamiento de Seineldín (diciembre de 1990). A nivel local, la única repercusión que tuvieron fueron las movilizaciones ciudadanas en apoyo a las instituciones democráticas, pero en ningún caso hubo intentos de rebeliones en el Comando del V Cuerpo de Ejército (LNP, 20/4/1987; 5/12/1988; 4/12/1990).

[18](#) El COFA de Bahía Blanca fue fundado entre 1972 y 1973 por un grupo de oficiales de Marina y Ejército, entre los que se incluían Arellano y Migliore – dos activos “emprendedores de la memoria” (Jelin, 2002) de Malvinas –, con el fin de mantener y acrecentar la camaradería entre el personal de mayor rango (retirado y en actividad) de las tres armas y sus familias.

[19](#) El sentido más extendido del término “desmalvinización” en el presente es aquel que refiere a los intentos de olvido de la guerra, los combatientes y/o el reclamo de soberanía de las islas, o cualquier cuestionamiento a los mismos. El caracterizar el gobierno radical como “desmalvinizador” se debe a que durante el mismo prácticamente no se implementaron políticas de reconocimiento y contención a los veteranos surgidas de los ámbitos oficiales, y las impulsadas por los ex-soldados combatientes se dilataron en el tiempo, como la Ley 23109 de Beneficios Sociales destinadas a los ex-conscriptos. Ello se explica porque para Alfonsín Malvinas era un tema menor e incómodo, ante la enorme tarea de democratizar las instituciones del país y al mismo tiempo de juzgar a los responsables de las violaciones a los DD.HH., en ocasiones los mismos militares que habían combatido en las islas. Ver: Lorenz, 2006.

[20](#) Manuel Arellano es ingeniero electromecánico y capitán de corbeta retirado. Se retiró de la Armada en 1971. Luego se integró en varias entidades cívico-militares como algunas IP (COFA, Instituto Browniano, entre otras) y la Federación de Sociedades de Fomento, desde las que luchó incansablemente para que se concretara el memorial Malvinas.

[21](#) La ordenanza establecía que el ente tenía las siguientes facultades: dictar su reglamento; citar en consulta a protagonistas de la guerra; constituir e integrar un jurado con técnicos y artistas especializados; llamar a concurso; prever la administración de los recursos presupuestarios; sugerir el lugar para el emplazamiento y las condiciones estéticas y urbanísticas de la obra. Luego, se crearon subcomisiones encargadas de tareas específicas: la Comisión Relaciones Interinstitucionales (integrada por el Centro Naval, Instituto Browniano, Asociación Cultural Sanmartiniana, Instituto Aeronaval, Asociación Propatria, Liga de Amas de Casa), la Comisión de Prensa y Propaganda (Agrupación Crucero General Belgrano, Instituto Nacional de Scoutismo Argentino, Los Chicos de la Plaza Tambor de Tacuarí, Cruz Roja), y la Comisión de Recursos y Finanzas (Centro Brigadier General Juan Manuel de Rosas, Instituto Nacional de Scoutismo, COFA, Corporación del Comercio y la Industria, Sociedad de Fomento San Cayetano).

[22](#) La institución había sido fundada a comienzos de 1988 por iniciativa de un grupo de ex-soldados del V Cuerpo del Ejército, y estaba integrada prioritariamente por civiles y sólo por unos pocos militares que se habían ido de baja cuando regresaron de la guerra.

[23](#) La lucha simbólica entre los ex-combatientes y las IP para que les dieran más espacio para participar en las actividades conmemorativas también tuvo lugar en la organización de los actos el 2 de abril. Ver: Entrevistas a Alejandro Meninger, 5/8/2009, y Guillermo De La Fuente, 10/3/2009, ex-soldados combatientes y miembros fundadores de la Agrupación Ex-Combatientes. Además, Guillermo fue el primer presidente de la entidad (1988-2000).

[24](#) En 1984, Alfonsín restableció el feriado del 10 de junio como Día de Reafirmación de los Derechos Soberanos sobre las Islas, eliminando el del 2 de abril establecido por el gobierno militar. De allí en más, las conmemoraciones oficiales de la guerra se comenzaron a realizar el 10 de junio. De todas formas, no desapareció la conmemoración del 2 de abril, a la que también asistía el presidente de la Nación (Lorenz, 2006). En Bahía Blanca, los días 10 de junio se realizaban breves y sobrios actos, en los que ocasionalmente hablaba algún representante del gobierno municipal. Durante los primeros años del gobierno de Cabirón, se

dieron luchas por el control de la fecha de conmemoración de Malvinas (2/4 o 10/6), que enfrentaron al gobierno radical y las IP. A partir de 1992, en la ciudad se dejaron de realizar actos el 10 de junio, porque a fines de 1991 Menem fijó el 2 de abril como “Día del Veterano de Guerra”.

[25](#) Los términos “veterano de guerra” y “ex-combatiente” refieren a distintas memorias de Malvinas en distintas épocas históricas: ex-combatiente es propio de la memoria de los 80, y hacía referencia sólo a los conscriptos que habían ido a la guerra por deber y sin opción, diferenciándose así del personal militar; veterano es un término propio de los 90, cuando se intentaron diluir las diferencias y se lo generalizó para hacer referencia a todo aquel que estuvo en Malvinas, civil o militar (Lorenz, 2006). Estas diferencias que son relevantes para las dirigencias de las agrupaciones de ex-combatientes, no lo son para las bases, el Estado ni la opinión pública, que normalmente usan ambos términos como sinónimos.

[26](#) El acuerdo general en homenajear a los caídos puede estar vinculado con el cumplimiento de un contrato fundante decimonónico entre el Estado nacional y los ciudadanos que se comprometen a defenderlo y a morir por él a cambio de un reconocimiento post-muerte (Hass, 1998).

[27](#) Un artículo aparte llevaría desarrollar las actividades que realizaron los Chicos de la Plaza Tambor de Tacuarí quienes organizaron una gran cantidad de campañas para difundir el proyecto y recaudar dinero. Se trata de una institución civil de bien público que comenzó siendo una iniciativa de la docente Isabel Trujillo para sacar a los chicos de la calle e impulsarlos a trabajar en espacios útiles para la comunidad vecinal. Los niños que asisten reciben una formación centrada en los valores, siendo su eje fundamental la Patria.

[28](#) A instancias de Migliore, la obra pasó a denominarse “Memorial Malvinas” por tratarse de un complejo conmemorativo con funciones pedagógicas y no una obra artística meramente simbólica (Carta de Migliore al intendente Jaime Linares, 23/3/1997).

[29](#) Sólo que ahora el Memorial pasó a ser una obra de carácter claramente local, dejando a un lado las ambiciones nacionales, tal como se desprende del testimonio de Ramón Romero, el presidente del Centro de Veteranos, quien en el acto el 2 de abril de 2010 afirmó que la conclusión de ese memorial sería un homenaje de la comunidad bahiense a los veteranos de guerra y los caídos, a diferencia del monumento finalizado que es un reconocimiento específicamente de los veteranos a los caídos bahienses (Grabación de la autora, 2/4/2010).

[30](#) Poco antes de su inauguración, el arquitecto Horacio Scabuzzo denunció públicamente que el Memorial concluido no respetaba el diseño del proyecto original ganador del concurso en 1993. Ver: LNP, 06/03/2011.

[31](#) Si bien afirmamos que en la inmediata posguerra las FF.AA. y las entidades vinculadas a ella se apropiaron de ese discurso nacionalista tradicional para significar la guerra – discurso que tiene hondas raíces institucionales –, ello no implica que esa narrativa no fuera compartida por amplios sectores de la sociedad civil, sobre todo del interior del país. Sólo que tras la derrota en la guerra esa memoria patriótica no gozó de visibilidad pública, justamente por el desprestigio militar posMalvinas.

[32](#) La Unión de Suboficiales surgió en vinculación a un movimiento que nació en Córdoba en 2005 con el objetivo de luchar por los derechos del personal de cuadro veterano de guerra, tales como la adjudicación de pensiones, obra social, etc. También ADESMA nació relacionada con un movimiento más vasto de ex-conscriptos que estuvieron movilizados en la Patagonia durante la guerra, que buscan su reconocimiento como veteranos de guerra por el Estado. Sobre las disputas de la identidad de veterano de guerra, ver: Rodríguez, 2010.

[33](#) Luego de una larga lucha simbólica entre la entidad que nucleaba a los protagonistas de la guerra e IP respecto a la organización de los actos el 2 de abril, estas últimas perdieron “la batalla por la memoria” y se disolvieron en 2007 (LNP, 11/9/2007).

[34](#) Ramón Romero participó en la guerra como cabo segundo. Se dio de baja de la Armada luego conflicto (1984-85). Fue presidente del Centro de Veteranos de Guerra local desde 2009 al 2012.

[35](#) Si bien no hay una simbología bélica evidente, el elemento militar se presenta en un detalle: los nombres de los caídos están acompañados de los rangos militares. Esa presencia sugiere distinciones pero no jerarquizaciones, ya que la localización horizontal de las placas los ubica en el mismo nivel. Se trata, tal vez, de un rasgo distintivo de la presencia militar en la comisión directiva encargada del monumento, una forma de indicar que todas las FF.AA. se vieron implicadas en la guerra, y no sólo los conscriptos, los actores privilegiados en la memoria hegemónica de los ‘80.

[36](#) Hugo Castro es ex-soldado combatiente y fue presidente del Centro de Veteranos de Guerra en el período 2002-2008.

[37](#) Incluso el proyecto de Bostal y Scabuzzo, el único que se orientaba a un nacionalismo republicano, no sólo hasta el momento no se concretó en su totalidad, sino que fue resignificado en la clave tradicional.

Bibliografía referenciada

Anderson, B. (1997). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Buenos Aires: F.C.E.

CAERCAS [Comisión de Análisis y Evaluación de Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur] (1983). *Informe Rattenbach. Anexos y Declaraciones*. Disponible en: <http://www.caserosada.gov.ar/component/content/article/108-gobierno-informa/25773-informe-rattenbach>

Cernadas de Bulnes, M. (comp.) (2001). *Historia, política y sociedad en el Sudoeste bonaerense*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur.

Fernández Stacco, E. (2009). *Abandono a la contemplación. Apuntes para la historia de la Universidad Nacional del Sur*. Buenos Aires: Editorial Universitaria Rioplatense.

Guber, R. (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires: F.C.E.

Guber, R. (2004). *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*. Buenos Aires: Antropofagia.

Hass, K. A. (1998). *Carried to the Wall. American memory and the Vietnam Veterans Memorial*. London: University of California.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid-Buenos Aires: Siglo XXI.

Jelin, E. y Langland, V. (2003). "Introducción. Las marcas territoriales como nexo entre pasado y presente". En E. Jelin y V. Langland (Comps.). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid-Buenos Aires: Siglo XXI.

Lorenz, F. (2006). *Las guerras por Malvinas*. Buenos Aires: Edhasa.

Lorenz, F. (2009). *Malvinas. Una guerra argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Nora, P. (1984). "Introducciones". En P. Nora (ed.). *Les Lieux de Mémoire*. París: Gallimard.

Rivas, D. (2008). *Del fuerte a la ciudad moderna: imagen y autoimagen de Bahía Blanca* (Tesis doctoral inédita). Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.

Rodríguez, A. B. (2007). *Memorias bahienses de la Guerra de Malvinas: la guerra y la cotidianeidad*. Ponencia presentada en las *XI° Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia*, Tucumán, 19 al 22 de Septiembre.

Rodríguez, A. B. (2010). "Malvinas, Bahía Blanca y la refundación nacional. Análisis de un proyecto local para recordar Malvinas (1982-1983)". Ponencia presentada en las *V° Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, Universidad Nacional de Gral. Sarmiento, Los Polvorines, 22 al 25 de junio. Además disponible en: <http://cehepyc.uncoma.edu.ar/archivos/2013actualizacion2/>

Rodríguez, A. B. (2010). "De veteranos "verdaderos" y "truchos". Análisis de las definiciones de "ex-combatiente/veterano de guerra" de los miembros del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur". En *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*. Córdoba, N° 10, Año 10.

Romero, L. A. (Coord.) (2004). *La Argentina en la Escuela. La idea de Nación en los textos escolares*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Silva, Hernán (Comp.) (1973). *Bahía Blanca: una nueva provincia y diversos proyectos para su capitalización*. Bahía Blanca: Departamento de Humanidades, UNS.

Recibido: 15/05/14

Aprobado: 01/09/14

Publicado: 22/12/2014